

culturales

KANT POR DENTRO: MONOLOGO DEL ESPIRITU PURO EL KANT INHUMANO Y DOMESTICO

por HANS KUSZDUB

Contemporáneos de Kant como Borovski, Jachmann y Vasianski, que conocieron de cerca al gran pensador, nacido en Königsberg el 22 de abril de 1724, nos han informado sobre esta extraña figura hasta los más mínimos detalles. Sabemos que Kant, durante los cuarenta años que profesó en la Universidad de Königsberg empezaba su día a las cinco de la mañana y le terminaba a las diez de la noche. Sabemos que bebía diariamente una taza de té y fumaba una única pipa de "Toback" que sus bocados preferidos eran la mostaza, el queso y el bacalao fresco y que la comida del mediodía, a la que asistían siempre, como invitados, de tres a nueve amigos, le llevaba de tres a cuatro horas; que durante los primeros años mostraba afición al billar y durante los últimos al juego del hombre (viejo juego español de naipes), que durante los últimos diecisiete años vivía en una casa de ocho habitaciones de su propiedad, y que sin que la fortuna le hubiera otorgado nunca especiales favores, dejó un caudal de 20.000 táleros, ahorrados pacientemente de su sueldo. Conocemos su figura física, su cuerpo de talla media de delicada constitución, de armazón ósea extremadamente feble y no menos débil musculatura y tan escasamente cubierto de carne que "tenía que sostener sus vestidos con medios artificiales". Tenía visiblemente más alto el hombro derecho que el izquierdo, ya desde los años de su juventud. Llamaba la atención lo plano y raso del pecho, la cabeza, con los grandes y vivos ojos azules y la frente de extraordinaria amplitud, era de tamaño anormal. El filósofo era "deforme". Como Homero era ciego, Beethoven sordo, Kierkegaard y Lichtenberg jorobados. Avemos al ya en vida famoso en los numerosos vasos con su imagen, aguafuerte, escayolas y bustos, como el más conocido de Hagemann —el discípulo de Shadown— por ejemplo. No es milagro que esta figura etérea hasta lo espectral, provista de un enjuto minimum de naturaleza, acabara "reseco como una triza" y cuando muerto fuera "un cuerpo achicharrado y pulverizado más allá de todo lo imaginable".

Todo esto y mucho más nos es conocido de las horas concretas de la figura humana y su existencia. Y no obstante se mantiene Kant en un medium de inat-

esibilidad y opacidad analítica, en una singular lontananza del ser en la que la genialidad inasible parece rebasar las fronteras de lo humano en un sentido negativo, en el que, por decirlo en forma detonante, la genialidad se hace inhumana. En el panteón de los grandes pensadores de la época moderna difícilmente podría indicarse una figura que hasta tal punto fuera, durante una larga vida, tan exclusivamente como Kant, hasta la desmesura misma, personificación del espíritu puro. Con toda su cultura social, con toda la gracia y finura, urbanidad y delicadeza de su trato, este pedante pequeño burgués de corrección de vida a la antigua manera prusiana y protestante, en el fondo de su ser se había entregado a un demonio: al demonio del espíritu puro que sólo consigo mismo monologa. Desde el año 1746 en que declaró que su camino le había sido señalado, que seguiría su ruta y nada le impediría continuarla, hasta el año 1798 en que dejó de mover la pluma, amontonó, uno sobre otro, setenta escritos, verdadera montaña del pensamiento. Y todo en lo tácito de un especular que al principio acababa a formularse en graciosos giros de gran transparencia, incluso con leve sátira y esguinces de humor, pero que más tarde, en el período de madurez, y en la fase postrera, sólo se pone al servicio del frígido objeto y en su inmisericorde severidad no tiene en cuenta para nada al lector, se aventura hasta profundidades insondables para el propio Kant y se expresa en períodos de difícil comprensión, sin que esto lo exigiera siempre la complicada arquitectura de la conexión de las ideas. Si en una ocasión dijo Goethe que leer a Kant es como penetrar en una estancia iluminada, puede de ello concluirse cuánta cosa de Kant dejó de leer Goethe.

Este espíritu puro que monologa se basta a sí mismo. No necesita el diálogo, no le hace falta el coloquio, fundamento de toda humanidad, ni la polémica, ni el simposio espiritual. Las célebres palabras de Platón de que la verdad se nos revela sólo "en la frecuente reunión por interés de la cosa misma" y en "la verdadera comunidad de vida", no pueden aplicarse a Kant. Busca la verdad en una soledad que no requiere la comunicación del espíritu. Sabemos que en sus diálogos de sobremesa, los únicos a que se entregaba, prácticamente nunca hablaba de su filosofía. Sus invitados no eran filósofos o profesores, sino políticos, jueces, secretarios de guerra, médicos, directores de banco, inspectores urbanos, párrocos y comerciantes. Hombre de mundo y orientador, prefería conversar sobre cuestiones geográficas, económicas y estadísticas, sobre inventos y descubrimientos. También sobre política, pues las noticias políticas eran las que a diario provocaban en él un "hambre canina de periódicos". Por inverosímil que parezca, hasta su muerte se habían publicado sobre él y su filosofía 2.832 trabajos. Casi ningún escrito de sus adversarios le pareció digno de leerse y de casi ninguno hizo caso.

Con incuestionable razón podría decirse que Kant a nadie comprendió nunca si no era a sí mismo y que nada era tan difícil para él como adentrarse cogitativamente en el sistema de otro pensador. En su lectura, lo mismo que en su modesta biblioteca de sólo cuatrocientos cincuenta volúmenes, no figuran en primer término, abstracción hecha de Rousseau, obras de filósofos, sino los libros de Cervantes y Swift, de Montaigne y Lichtenberg y Persio, del que, así como de la Eneida, sabía pasajes enteros de memoria, y obras de Milton y Pope, Kall y Wieland.

El monólogo del espíritu puro que desciende a abismos nunca antes imaginados de los problemas metafísicos, se aventura en la mañana de las cuestiones que plantea la filosofía del derecho, del estado, de la historia, y que a pesar de la inconcebible energía del pensador Kant y la continuidad sin tregua de su pensamiento no supera lo fragmentario, exige dos cosas: sosiego y tiempo. Como pensador se siente inicualemente perturbado por el "abuso" que para él significan las canciones de los presos de una cárcel próxima a su casa, recurre a la policía y consigue que en adelante los presos canten con las ventanas cerradas. Las prisiones, degradadas por él como apetitos sensuales enquistados, "malignos, increíbles tumores para la razón", no perturban su tranquilidad. Tampoco los golpes del destino. Nada en común que alcanzara hasta las raíces de una existencia humana normal. Ningún amor. Ningún dolor profundo. Ningún sufrimiento. Ninguna enfermedad. Ni siquiera el pensamiento de la muerte, ese "gigante". Para un espíritu culto, "compuesto", lo propio es morir "de buen talante". En cuanto al tiempo. . . Bueno, se le puede estimar si con una férrea disciplina regulada por firmes máximas y un régimen ingenioso, se acierta a llegar a viejo. Esto exige constante observación y atención del cuerpo. Durante muchos años le pide Kant que el "Directorio" de la policía regiomentana le facilite la lista de los fallecidos para, según ella, calcular la probable duración de su vida. La avanzada edad tendría que ser obra del propio esfuerzo, y llegó a serlo efectivamente. Pero cuando se acercó la muerte por las veredas de la progresiva debilidad, fue la muerte un morir "de buen talante". El sentido del tiempo, sobre el que nadie había pensado nunca con tanta hondura como Kant, le abandona. El formidable genio del pensamiento que ambuló jamás sobre la tierra, sin haber visto uno solo de sus océanos, uno solo de sus montes, uno solo de sus ríos o sus desiertos, una sola de sus metrópolis, no puede escribir ya su propio nombre, reconoce a las personas. En sueños de pavor, que aun en la vigilia le perseguen, el más frágil de los peregrinos del pensamiento puro se siente acosado por asesinos y bandoleros. El día 12 de febrero, justo a las once de la mañana, muerte no cede ya a la repulsa y bajo el más profundo monólogo del espíritu pensante que Europa ha conocido, estampa su finis.